

Lo que el Tubo ya ha perdido y lo que aún puede perder*

CARMEN GÓMEZ URDÁÑEZ,
GONZALO M. BORRÁS,
GUILLERMO FATÁS

Casi nadie sabe ya que durante mucho tiempo Zaragoza entera estuvo configurada por casas palaciegas; de mayor o menor tamaño, más o menos ricas, pero de un aspecto similar. Muchas tenían patios de columnas, grandes o pequeños, con decoración de relieves o sin ellos. En la planta noble, una sala, amplísima o más escueta, con techumbre de madera labrada o con el forjado de bovedillas a la vista, a veces retocado y a veces sin nada. Monumentales o modestas, todas presentaban una fachada de pocas ventanas no muy grandes —porque aún no se utilizaba el vidrio para dejar pasar la luz—. Y todas terminaban en un mirador de huecos seriados bajo el vuelo de un alero muy desarrollado.

Las columnas, las techumbres, los miradores y los aleros podían responder a la más pura tradición medieval o adoptar las formas de la más moderna moda renacentista —estamos en los siglos XV y XVI— pero manteniendo en conjunto lo que siempre se ha considerado la *tradición de la arquitectura aragonesa*, o mejor: *la tradición palaciega aragonesa*.

Según esta *tradición* se hicieron edificios *historicistas* en el siglo pasado y en el nuestro, siguiendo los principios del eclecticismo decimonónico o del folklorismo franquista. Los arquitectos veían la *arquitectura tradicional aragonesa* por doquier.

Hoy casi nadie sabe que Zaragoza era un extenso palacio de diversas categorías. Casi no se sabe qué es la *arquitectura tradicional aragonesa*. Ya no se ve por doquier. Ya no está en casi ninguna parte.

Hace poco más de un año el deteriorado, el degradado, el casi sólo *cutre* Tubo y su entorno contaban con seis palacios, englobados —como otros más de cuarenta ejemplos que se conocen en la ciudad—

* Artículo publicado en el semanario «El Siete de Aragón», el 11 de noviembre de 1994.

dentro de edificios de aspecto decimonónico. Dos de estos seis ya han sucumbido: los de Estébanes 16 y Estébanes 18 esquina con Cinegio 5. Otro, en la calle de los Mártires, está amenazado por el proyecto de transformación del Tubo. De los otros tres, uno es el del pasaje de los Giles y los otros dos no son de conocimiento público —lo que no conviene nada a su futura conservación—.

El de la calle Estébanes 16 era una casa en ruina cuya luna tenía columnas clasicistas interesantísimas por constituir una variedad nueva entre las renacentistas conocidas en la ciudad (ya sólo lo sabemos por las fotografías que se tomaron puesto que alguien las robó del solar del edificio).

Pero la más grave pérdida ha sido la de la casa que se cree perteneció a la influyente familia conversa La Caballería, que estuvo hasta hace un año en la esquina de las calles Cinegio y Estébanes, detrás del ábside de la iglesia de San Gil.

La casa conservaba al exterior un mirador y un alero góticos, que se despreciaron, incluso como signos de que la estructura original de la mansión —como sucede en esos más de cuarenta casos conocidos en Zaragoza— permanecía si bien sea básicamente. Aquí, además, permanecía no sólo en esencia porque sus riquísimos forjados, de esos formados por una densa trama de piezas de madera labrada, se encontraban in situ.

Dos se salvaron. Acabaron siendo adquiridos por la Diputación General de Aragón —espero que no para montarlos inadecuadamente en el palacio de Armijo en sustitución de los forjados sencillos de bovedillas que eran los originales de esta casa—. Pero al menos un tercero se perdió sin dejar otra huella que unas fotos de sus restos descarnados y la memoria de algunas personas que pudieron verlo mientras le alcanzaba la demolición.

Todo este conjunto de obras de madera, instalado sobre los espacios originales, y con la fachada que quedaba —el extremo sur de la casa ya había sido cercenado en 1885 por la obra del número 3 de la calle Cinegio— era una verdadera joya de la arquitectura doméstica de Zaragoza, uno de los ejemplos más antiguos —del siglo XV— y también de los más ricos que se conocen.

En esta ciudad donde sobra todo, se ha perdido para siempre.

Lo que aún puede perder el entorno del Tubo en la calle Mártires 5-7 si se ejecuta la transformación prevista no son sólo dos columnas poligonales y otras más menudas con decoración heráldica de la parte baja y alta de una luna gótica —ya no queda nada así en Zaragoza, por cierto— sino que puede perder lo mismo que en la casa palaciega de los La Caballería: con forjados ricos o modestos, con estancias grandes

o pequeñas —delimitadas por los muros de carga de las construcciones antiguas— lo que queda en torno a la luna de Mártires 5-7 es *una casa gótica*.

Rescatar unas columnas para montarlas de nuevo sobre un patio reproducción del original no deja de ser reproducir una obra original perdida. Y un absurdo. ¿Por qué no se entiende de una vez que los elementos aislados de una construcción no tienen sentido alguno por sí solos, que son cuartos de ajusticiado sin el ajusticiado?

¿Por qué se vacían —y hasta derriban— los palacios de esta ciudad que se dicen en *restauración*? ¿La Torre nueva está esperando la segunda fase de la suya? ¿Es que los arqueólogos desmontan los restos de un templo romano para estudiarlos en su casa y los reinstalan de nuevo con sumo cuidado? ¿Qué tiene un lienzo de muralla romana que no tenga un palacio del siglo XV? ¿Su edificabilidad?

¿Por qué no se asume que el casco histórico debe tratarse como tal casco histórico —la ciudad es mucho más grande— y con el criterio de todos los casos históricos que es el de la conservación de su legado? ¿A nadie se le ocurre en esta ciudad qué se puede hacer con la Zaragoza antigua según este criterio, generalizado en la teoría urbanística actual y cuya puesta en práctica puede imitarse de modelos bien conocidos?

Las casas palaciegas del Tubo y las demás que quedan en la ciudad, completas o fragmentadas, ocultas o a la vista, deben ser objeto de un completo estudio, de un serio análisis y de un delicado trato. Y, desde luego, deben permanecer. Es un bien patrimonial irrenunciable para los zaragozanos.